

TEMPLO HERMANA TERESA

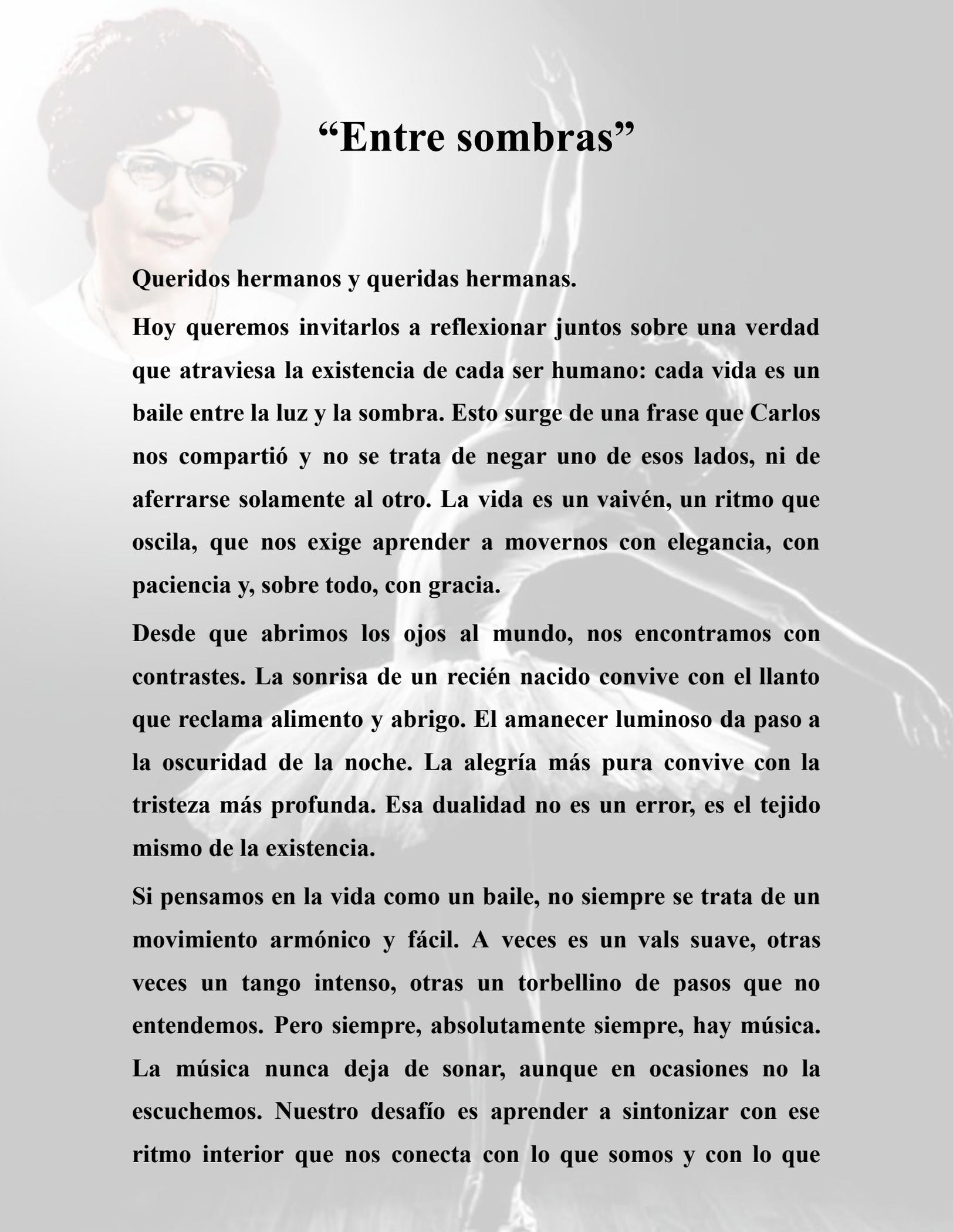


"Entre sombras"

23/08/2025

Bahía Blanca - Patricios 336

Punta Alta - 11 de Septiembre 750

A woman with short dark hair and glasses is visible in the upper left corner, looking towards the camera. In the background, a ballerina in a white tutu is captured in a graceful pose, her arms extended. The overall image has a soft, ethereal quality with a light grey background.

“Entre sombras”

Queridos hermanos y queridas hermanas.

Hoy queremos invitarlos a reflexionar juntos sobre una verdad que atraviesa la existencia de cada ser humano: cada vida es un baile entre la luz y la sombra. Esto surge de una frase que Carlos nos compartió y no se trata de negar uno de esos lados, ni de aferrarse solamente al otro. La vida es un vaivén, un ritmo que oscila, que nos exige aprender a movernos con elegancia, con paciencia y, sobre todo, con gracia.

Desde que abrimos los ojos al mundo, nos encontramos con contrastes. La sonrisa de un recién nacido convive con el llanto que reclama alimento y abrigo. El amanecer luminoso da paso a la oscuridad de la noche. La alegría más pura convive con la tristeza más profunda. Esa dualidad no es un error, es el tejido mismo de la existencia.

Si pensamos en la vida como un baile, no siempre se trata de un movimiento armónico y fácil. A veces es un vals suave, otras veces un tango intenso, otras un torbellino de pasos que no entendemos. Pero siempre, absolutamente siempre, hay música. La música nunca deja de sonar, aunque en ocasiones no la escuchemos. Nuestro desafío es aprender a sintonizar con ese ritmo interior que nos conecta con lo que somos y con lo que



podemos llegar a ser.

La luz nos inspira, nos llena de esperanza, nos recuerda lo bello de estar vivos. La sombra, en cambio, nos enfrenta con lo que no entendemos, con lo que tememos, con lo que duele. Pero ambas son maestras necesarias.

Si la vida fuera solo luz, no aprenderíamos a valorar los destellos de esperanza. Si fuera solo sombra, nos perderíamos de la belleza que da sentido a todo.

El equilibrio se da en el baile entre ambas.

Muchos creen que la luz significa éxito, alegría, plenitud, y que la sombra representa fracaso, tristeza, dolor. Pero no es tan sencillo. A veces, en la sombra más densa, encontramos las lecciones más luminosas. Y en la luz más radiante, descubrimos también la fragilidad de lo efímero. El secreto está en no detener el baile.

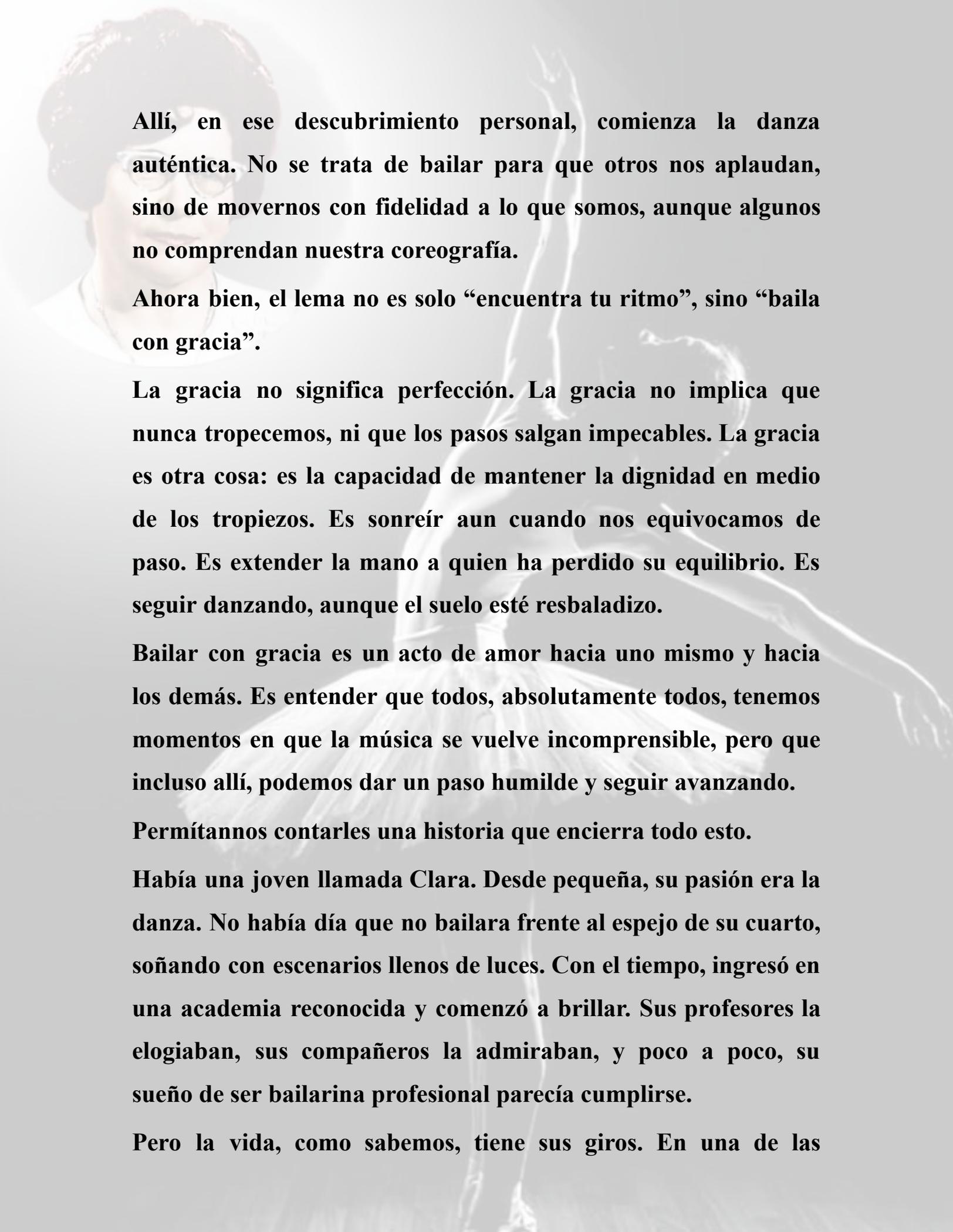
Cada persona tiene un compás único. No todos bailamos al mismo tiempo, ni al mismo paso. La comparación con los demás nos desconecta de la música interior. Cuando miramos demasiado afuera, corremos el riesgo de perder el ritmo propio.

Encontrar nuestro compás es un acto de escucha profunda. Es detenerse un momento en medio del ruido y preguntarse:

¿Qué me mueve?

¿Qué me da sentido?

¿Qué me devuelve la paz?



Allí, en ese descubrimiento personal, comienza la danza auténtica. No se trata de bailar para que otros nos aplaudan, sino de movernos con fidelidad a lo que somos, aunque algunos no comprendan nuestra coreografía.

Ahora bien, el lema no es solo “encuentra tu ritmo”, sino “baila con gracia”.

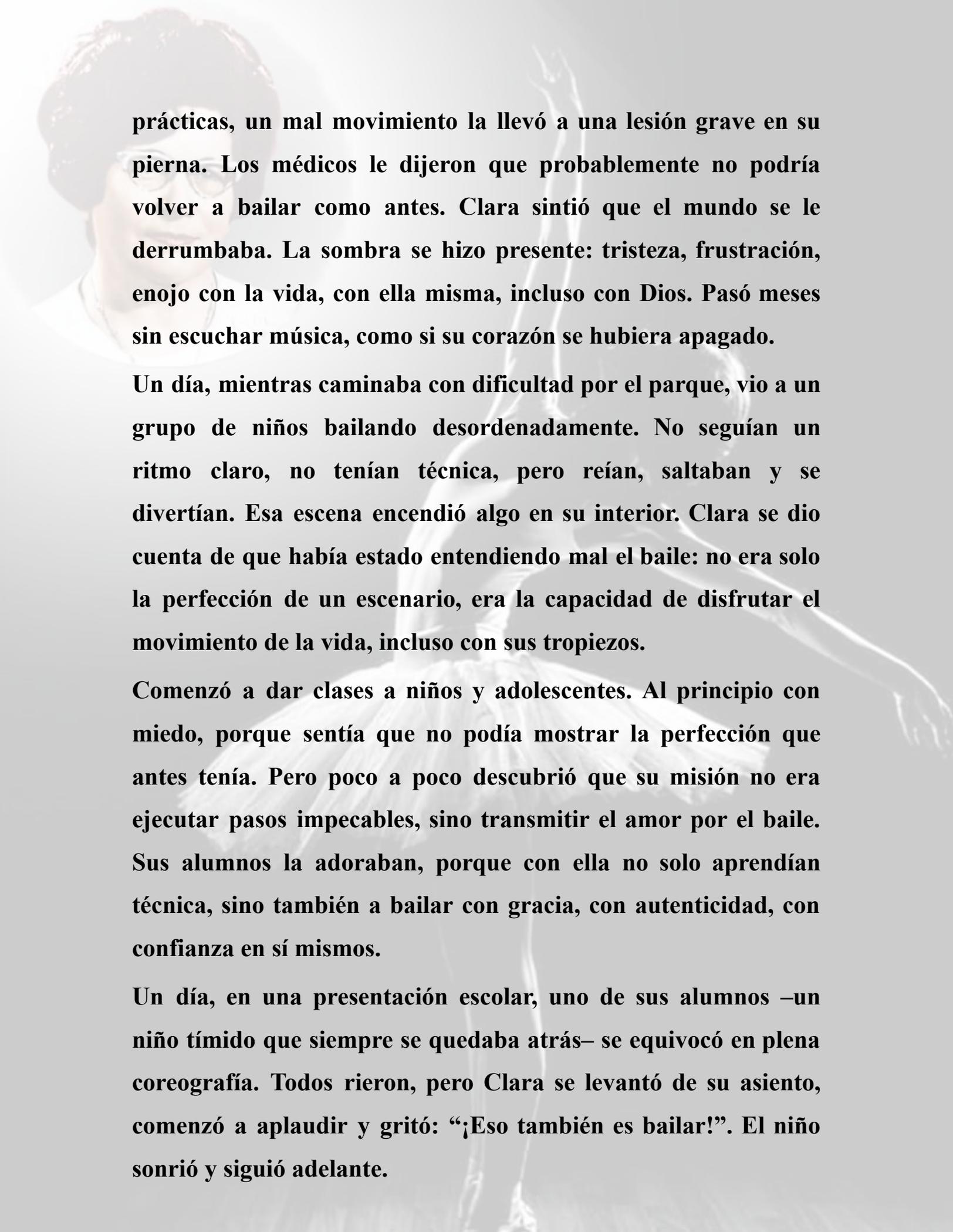
La gracia no significa perfección. La gracia no implica que nunca tropecemos, ni que los pasos salgan impecables. La gracia es otra cosa: es la capacidad de mantener la dignidad en medio de los tropiezos. Es sonreír aun cuando nos equivocamos de paso. Es extender la mano a quien ha perdido su equilibrio. Es seguir danzando, aunque el suelo esté resbaladizo.

Bailar con gracia es un acto de amor hacia uno mismo y hacia los demás. Es entender que todos, absolutamente todos, tenemos momentos en que la música se vuelve incomprensible, pero que incluso allí, podemos dar un paso humilde y seguir avanzando.

Permítannos contarles una historia que encierra todo esto.

Había una joven llamada Clara. Desde pequeña, su pasión era la danza. No había día que no bailara frente al espejo de su cuarto, soñando con escenarios llenos de luces. Con el tiempo, ingresó en una academia reconocida y comenzó a brillar. Sus profesores la elogiaban, sus compañeros la admiraban, y poco a poco, su sueño de ser bailarina profesional parecía cumplirse.

Pero la vida, como sabemos, tiene sus giros. En una de las

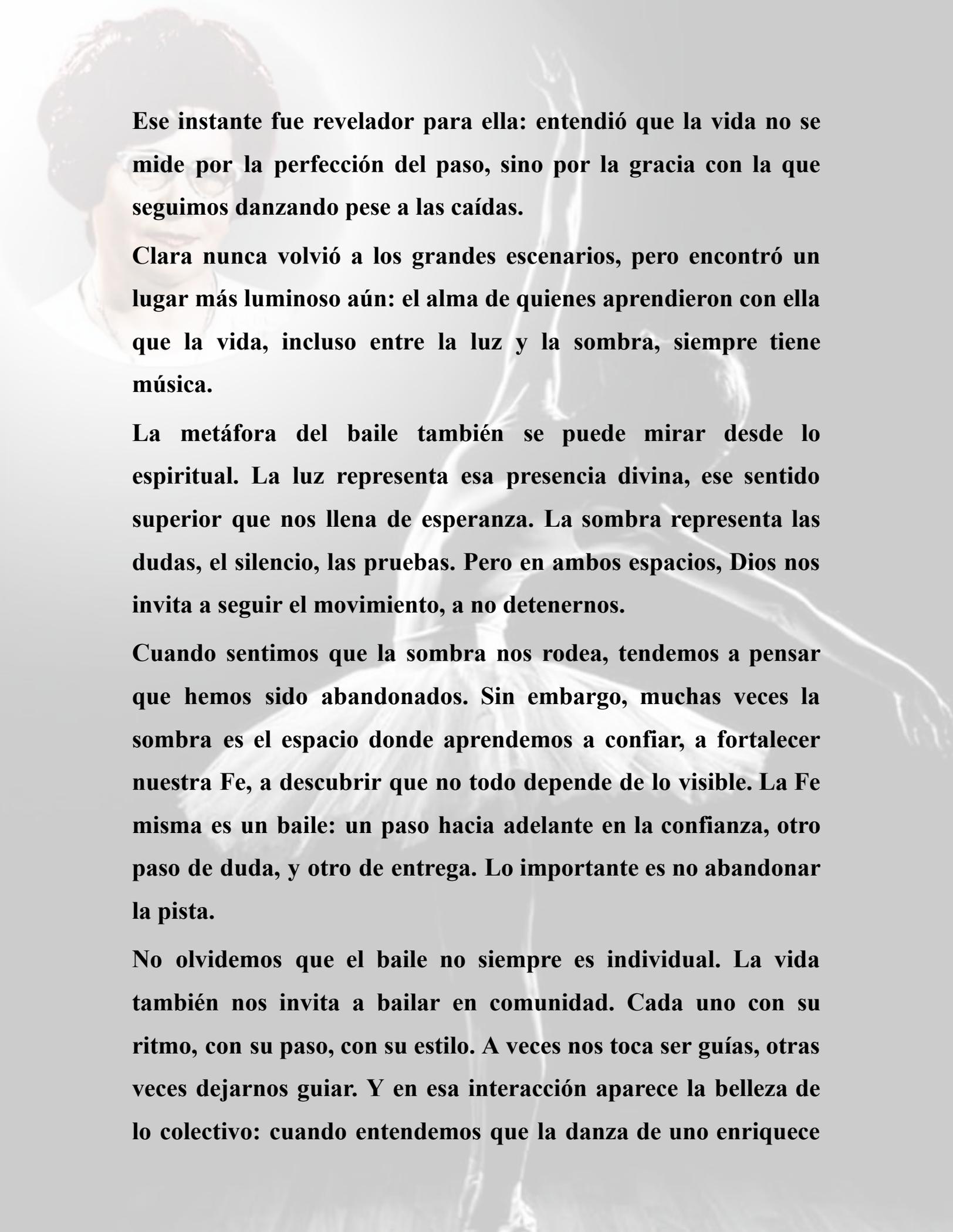


prácticas, un mal movimiento la llevó a una lesión grave en su pierna. Los médicos le dijeron que probablemente no podría volver a bailar como antes. Clara sintió que el mundo se le derrumbaba. La sombra se hizo presente: tristeza, frustración, enojo con la vida, con ella misma, incluso con Dios. Pasó meses sin escuchar música, como si su corazón se hubiera apagado.

Un día, mientras caminaba con dificultad por el parque, vio a un grupo de niños bailando desordenadamente. No seguían un ritmo claro, no tenían técnica, pero reían, saltaban y se divertían. Esa escena encendió algo en su interior. Clara se dio cuenta de que había estado entendiendo mal el baile: no era solo la perfección de un escenario, era la capacidad de disfrutar el movimiento de la vida, incluso con sus tropiezos.

Comenzó a dar clases a niños y adolescentes. Al principio con miedo, porque sentía que no podía mostrar la perfección que antes tenía. Pero poco a poco descubrió que su misión no era ejecutar pasos impecables, sino transmitir el amor por el baile. Sus alumnos la adoraban, porque con ella no solo aprendían técnica, sino también a bailar con gracia, con autenticidad, con confianza en sí mismos.

Un día, en una presentación escolar, uno de sus alumnos –un niño tímido que siempre se quedaba atrás– se equivocó en plena coreografía. Todos rieron, pero Clara se levantó de su asiento, comenzó a aplaudir y gritó: “¡Eso también es bailar!”. El niño sonrió y siguió adelante.



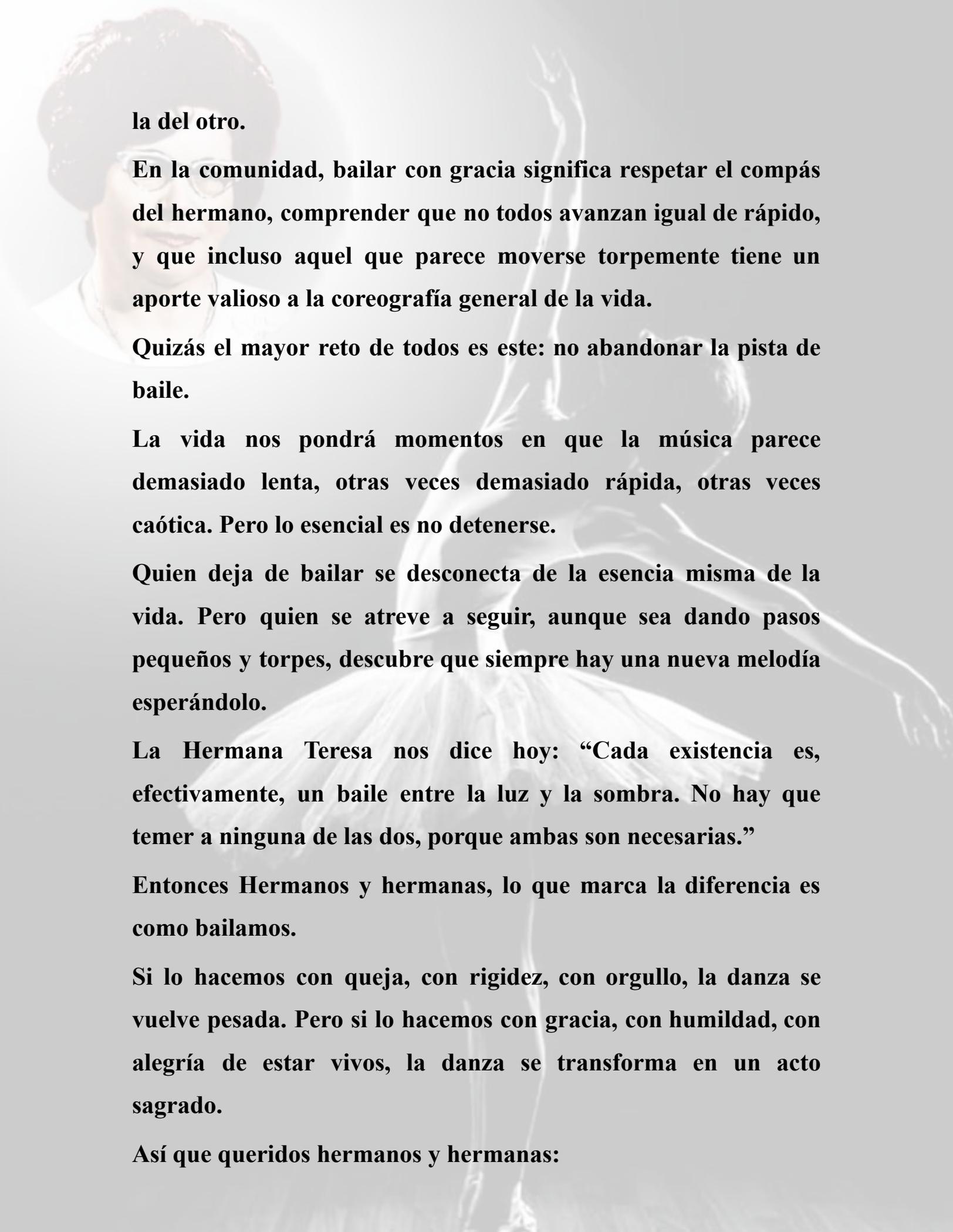
Ese instante fue revelador para ella: entendió que la vida no se mide por la perfección del paso, sino por la gracia con la que seguimos danzando pese a las caídas.

Clara nunca volvió a los grandes escenarios, pero encontró un lugar más luminoso aún: el alma de quienes aprendieron con ella que la vida, incluso entre la luz y la sombra, siempre tiene música.

La metáfora del baile también se puede mirar desde lo espiritual. La luz representa esa presencia divina, ese sentido superior que nos llena de esperanza. La sombra representa las dudas, el silencio, las pruebas. Pero en ambos espacios, Dios nos invita a seguir el movimiento, a no detenernos.

Cuando sentimos que la sombra nos rodea, tendemos a pensar que hemos sido abandonados. Sin embargo, muchas veces la sombra es el espacio donde aprendemos a confiar, a fortalecer nuestra Fe, a descubrir que no todo depende de lo visible. La Fe misma es un baile: un paso hacia adelante en la confianza, otro paso de duda, y otro de entrega. Lo importante es no abandonar la pista.

No olvidemos que el baile no siempre es individual. La vida también nos invita a bailar en comunidad. Cada uno con su ritmo, con su paso, con su estilo. A veces nos toca ser guías, otras veces dejarnos guiar. Y en esa interacción aparece la belleza de lo colectivo: cuando entendemos que la danza de uno enriquece



la del otro.

En la comunidad, bailar con gracia significa respetar el compás del hermano, comprender que no todos avanzan igual de rápido, y que incluso aquel que parece moverse torpemente tiene un aporte valioso a la coreografía general de la vida.

Quizás el mayor reto de todos es este: no abandonar la pista de baile.

La vida nos pondrá momentos en que la música parece demasiado lenta, otras veces demasiado rápida, otras veces caótica. Pero lo esencial es no detenerse.

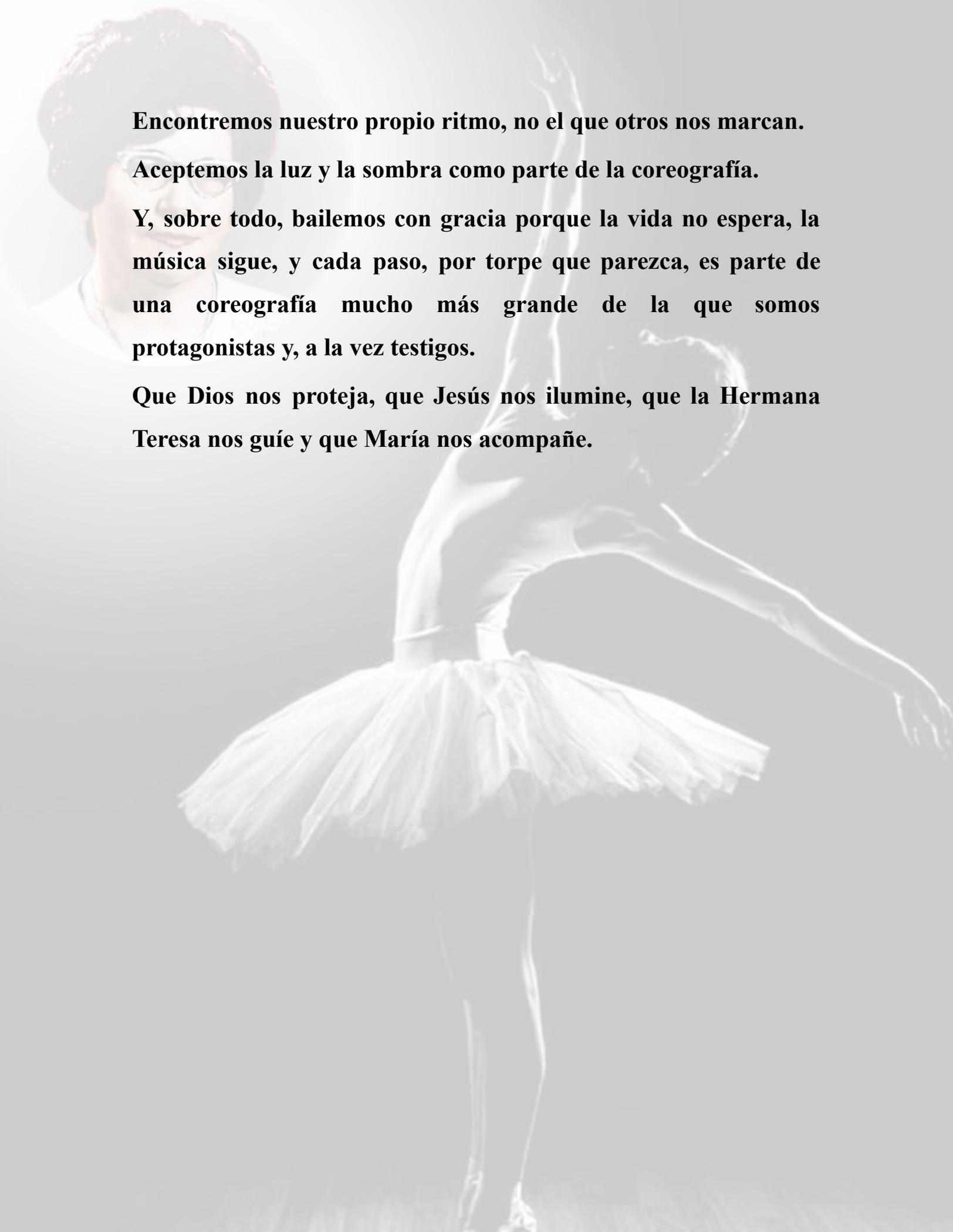
Quien deja de bailar se desconecta de la esencia misma de la vida. Pero quien se atreve a seguir, aunque sea dando pasos pequeños y torpes, descubre que siempre hay una nueva melodía esperándolo.

La Hermana Teresa nos dice hoy: “Cada existencia es, efectivamente, un baile entre la luz y la sombra. No hay que temer a ninguna de las dos, porque ambas son necesarias.”

Entonces Hermanos y hermanas, lo que marca la diferencia es como bailamos.

Si lo hacemos con queja, con rigidez, con orgullo, la danza se vuelve pesada. Pero si lo hacemos con gracia, con humildad, con alegría de estar vivos, la danza se transforma en un acto sagrado.

Así que queridos hermanos y hermanas:



Encontremos nuestro propio ritmo, no el que otros nos marcan.

Aceptemos la luz y la sombra como parte de la coreografía.

Y, sobre todo, bailemos con gracia porque la vida no espera, la música sigue, y cada paso, por torpe que parezca, es parte de una coreografía mucho más grande de la que somos protagonistas y, a la vez testigos.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.